

LA POLÍTICA EXTERIOR FASCISTA DEL *PESO DETERMINANTE* DURANTE EL CARGO COMO MINISTRO DE DINO GRANDI (1929-1932)

FASCIST FOREIGN POLICY OF THE *DECISIVE WEIGHT* DURING THE CABINET OF DINO GRANDI (1929-1932)

Chiara d'Auria*
chdauria@unisa.it

Fecha de recepción: 24 agosto 2014 - Fecha de aceptación: 23 noviembre 2014

Resumen

Describiendo la evolución de la línea diplomática Italiana desde 1929 hasta 1932, la Autora brinda un marco exhaustivo de la situación Europea desde los primeros años del posguerra hasta el surgir de las primeras tensiones sucesivas a la crisis de Wall Street. La línea que Dino Grandi le dio a las relaciones internacionales durante su mando en el Ministerio de Relaciones Exteriores marcó un momento clave de la historia fascista Italiana y de sus relaciones con Europa, la cual se encontraba al borde de un nuevo conflicto mundial. La teoría histórica descrita se basa no solamente en el conocimiento de las principales corrientes historiográficas sobre el tema pero también en una profundizada reflexión sobre las dinámicas políticas internacionales relacionadas con la estrategia diplomática del "duce" y sus consecuencia sobre Italia, Europa y sobre la decisiones coloniales del régimen en años sucesivos.

Palabras clave: *política exterior fascista-peso determinante-Dino Grandi-primeros años del posguerra-Mussolini*

Abstract

By describing Italy's diplomatic alignment from 1929 to 1932, the author offers a comprehensive description of the European framework in the early postwar period, leading into the first tensions after the Wall Street crisis. Dino Grandi's foreign policy during his time as Minister marked a turning point in the history of fascism in Italy and in its relations with Europe, which was on the brink of a new global conflict. The historic perspective presented is based not only on that of the main schools of historic thought regarding this subject, but also on an in-depth analysis of the evolving international policies devised by il Duce and their consequences on Italy, on Europe and on the colonial policy decisions undertaken by the regime in the following years.

Key words: *fascist foreign policy-decisive weight-Dino Grandi-early postwar period-Mussolini*

Tras la primera guerra mundial y el ascenso del fascismo, la política exterior italiana se enfocó a tratar de mantener la posición del país al lado de las potencias que salieron victoriosas de la guerra, o sea Francia y Gran Bretaña. Según Mussolini, las relaciones internacionales italianas debían tener como meta el fomentar y fortalecer el régimen fascista, por medio de una línea que no dejara al país aislado y que permitiera aprovechar todas las oportunidades posibles que llevaran a interpretar un rol de prestigio e importancia dentro del marco Europeo. Además, la parálisis del marco internacional no permitía al "duce" implementar ningún tipo de estrategia exterior activa (Goglia, Moro y Nuti, 2006; Pastorelli, 1998).

* Historiadora del Dipartimento di Studi Umanistici, Università degli Studi di Salerno (Italia).

A pesar de la formalización del tratado de paz de Versalles y de la creación de la Sociedad de Naciones, y a pesar de fundamentarse en el principio de autodeterminación de los pueblos y nacionalidades que promovía el presidente Estadounidense Wilson para garantizar una paz justa y duradera, que no fuera amenazada por la agresión de uno o varios Estados, la situación internacional no era positiva. De hecho, los Estados europeos tenían como objetivo contener a Alemania para así evitar un nuevo conflicto, y por este motivo no difundieron realmente los catorce puntos propuestos por Wilson, sino que más bien siguieron una línea política dirigida a consolidar y mantener su estatus como potencias (en el caso de los países vencedores), o a reconstruir y fortalecer su poder, en el caso de los países vencidos (Di Nolfo, 2000; Duroselle, 1998).

El panorama geopolítico y estratégico que se dibujó inmediatamente después de 1918 dejaba en evidencia la total ausencia de una voluntad común enfocada a la cooperación y reconstrucción para resurgir de las cenizas de la Gran Guerra. El “círculo de seguridad” colocado alrededor de Alemania mediante la creación o el restablecimiento de pequeños Estados (Bélgica, Países Bajos, Austria, Hungría, Polonia, República de Checoslovaquia) tuvo un impacto importante sobre las relaciones entre Estados, puesto que la fragmentación no había sido simplemente territorial, sino también diplomática: la recién creada Sociedad de Naciones y las potencias de la Entente (Francia, Gran Bretaña e Italia) veían ahora surgir también una “Pequeña Entente” (Toscano, 1941; Di Nolfo, 2000).

Ésta fue una alianza entre Checoslovaquia, el Reino de Rumania y el de Yugoslavia, que existió entre 1920 y 1938, principalmente enfocada a contrarrestar el irredentismo Húngaro. El primer acuerdo se estipuló el 14 de Agosto de 1920 entre Checoslovaquia y Yugoslavia, y al año siguiente se les unió Rumania. Francia había brindado su apoyo, puesto que consideraba que esta alianza era clave para el nuevo *status quo* del área de los Balcanes y el Danubio (precisamente el “polvorín Balcánico” había sido la chispa que había hecho estallar la Gran Guerra). Incluso Polonia, reconstituida tras la primera guerra mundial, veía la alianza como una garantía de paz y de neutralización de los antiguos Imperios centrales.

La Pequeña Entente se había formado principalmente en oposición a Hungría, la cual, tras la primera guerra mundial, tuvo que ceder gran parte de sus territorios a los nuevos estados colindantes y por lo tanto quiso una revisión del tratado de paz de Trianon. Este tratado buscaba contener y aislar diplomáticamente a la vecina Hungría, con miras a evitar tendencias revisionistas.

A pesar de que la Pequeña Entente actuaba como un elemento de contención para Alemania, su equilibrio se había fragmentado y su futuro era incierto.

Específicamente, para el país vencido, considerado el causante de la Gran Guerra, las importantes sanciones económicas impuestas sobre Alemania llevaron a una situación de extrema dificultad para los gobiernos de la República de Weimar, la cual nunca logró recuperarse y estabilizarse. Otro tremendo golpe para el país fue la separación en Alemania del Este y del Oeste (por medio del “corredor Polaco”), y la repartición de su imperio colonial entre Gran Bretaña y Francia (Eyck, 1966; Klein, 1983).

Francia había sufrido graves daños en múltiples sectores al cabo de la Gran Guerra, y se había enfrentado a un difícil proceso de reconstrucción, por lo tanto ahora buscaba protegerse de nuevos potenciales ataques por parte de Alemania. El primer ministro Francés, George Clemenceau, había solicitado la desmilitarización de Renania y la vigilancia sobre las áreas limítrofes por parte de los aliados: parte de estos territorios, llamados “zona de seguridad territorial”, habían sido ocupados entre 1923 y 1925 a raíz de la política de “garantía de producción”, cuya meta era la de cobrar a Alemania las remediaciones (Duroselle, 1998; Conti, 1962).

A pesar de que en 1924 la crisis había sido solucionada parcialmente gracias al Plan Dawes (este proyecto recibe su nombre del político y banquero Estadounidense Charles Gates Dawes, según el cual las remediaciones eran posibles en base a la capacidad de pago del país deudor, o sea Alemania), la tensión entre estos dos países no aflojaba.

Gran Bretaña había implementado una política mucho más pasiva, primero gracias a que su territorio no había sido invadido, y luego porque muchos soldados británicos habían fallecido en el frente

Francés. El Reino Unido, además, era el primer acreedor de los otros dos aliados (Francia e Italia). Por lo tanto, a pesar de que el pueblo Británico tenía sed de venganza e insatisfacción, los gobiernos británicos de inicios de la posguerra decidieron no involucrarse activamente en el marco Europeo para así evitar desbalances internos y externos (Micheletta, 1999).

En Rusia la Revolución de 1917 había asentado un contexto sociopolítico que influenció la historia mundial de todo el siglo XX, puesto que el país, involucrado en la consolidación e implementación de las teorías sociales y económicas de Karl Marx y Friedrich Engels, pudo involucrarse sólo parcialmente en el ámbito Europeo. En particular, tras la muerte de Lenin en 1924, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se vio involucrada de lleno en la implementación de la doctrina socialista y en el ascenso al poder de Stalin (Graziosi, 2007; Pipes, 1995).

El Imperio Austrohúngaro había sido desmantelado: el territorio Austriaco se redujo a un \square de su tamaño original, mientras que el Húngaro, como ya vimos, se dividió por a la mitad. Se había establecido así el antes mencionado Reino de Yugoslavia, y en 1919 el Reino de Rumania había pasado a ser el doble de lo que era en 1914. Precisamente la disconformidad del área de los Balcanes y el Danubio fue la creación de una *Grande Rumania*. Aún así el país podía declararse satisfecho en cuanto a todas las pretensiones territoriales logradas, eso dio como resultado hostilidades por parte de los vecinos de Bulgaria, Hungría y la Unión Soviética, países molestos por sus dimensiones (Fejtő, 1991; Crankshaw, 1992).

En cuanto a las potencias vencedoras, era obvio que mientras los Estados Unidos seguían una línea política de autodeterminación nacional y reiteraban la necesidad de evitar un nuevo conflicto entre potencias y la importancia de los procesos de cooperación y de diálogo de llevarse a cabo por medio de la SdN, Francia y Gran Bretaña, los dos vencedores principales, tenían toda la intención de retener sus imperios coloniales.

En otras palabras, la marcada divergencia de metas quedaba sumamente clara, puesto que por un lado el mensaje conciliatorio de Wilson caían en saco roto -en parte porque los Estados Unidos no eran miembros de la SdN - y por el otro los Estados Europeos enfrentaban una serie de problemas que los llevaban a aislarse los unos de los otros: esta situación, inevitablemente, llevaría a un choque entre potencias. Para salvaguardar la paz e implementar total y permanentemente sus “Catorce puntos”, Wilson propuso la creación de la “Sociedad de Naciones”, la cual fue conformada en Ginebra en 1919. Inicialmente sólo participaron los países vencedores y los neutrales, pero luego se incluyeron Alemania y los otros Estados vencidos. También por esta razón este nuevo órgano internacional se inició carente de bases sólidas para su misión de paz. Además, los Estados Unidos, temerosos de quedar involucrados en nuevos conflictos Europeos, decidieron no participar. Muchos de los Estados miembros realmente no estaban alineados con los principios de la Sociedad, pero aún así querían figurar en las reuniones para tener cierta visibilidad internacional. En poco tiempo la SdN se transformó en un instrumento de poder al servicio de los países Europeos más fuertes, en particular Francia y Gran Bretaña. En 1933 Alemania y Japón salieron de la Sociedad de Naciones; no fueron capaces de evitar las agresiones de las potencias del Eje (Alemania e Italia) de los años Treinta. La Segunda Guerra Mundial comprobó que era imposible sostener los propósitos de paz de la Sociedad de Naciones, y por lo tanto, al final de la guerra, en su lugar, fueron establecidas las Naciones Unidas, y la Sociedad fue oficialmente disuelta en Abril de 1946 (Di Nolfo, 2000; Tosi, Costa Bona, 2007).

En Italia, el fascismo supo acoger estas circunstancias, siguiendo una línea diplomática alineada a las potencias aliadas durante la primera guerra y toda la década de los veinte (Pastorelli, 1998; De Felice, 1966c).

Sin embargo, en 1929 la situación de Palazzo Chigi cambió radicalmente: Mussolini decidió asignar el mando del Ministerio de Relaciones Exteriores (hasta ese entonces bajo su control directo) a Dino Grandi. Este nombramiento surgió en el contexto más amplio de una reestructuración de gobierno que ocurrió en esa misma fecha (el 12 de setiembre), por lo tanto inicialmente la llegada de Grandi pasó

desapercibida, y fue entendida como una decisión del “duce” enfocada en deshacerse de un número excesivo de ministerios que administraba.

De hecho, el 12 de setiembre de 1929, Mussolini dejó de administrar 7 de 8 ministerios y nombró nuevos Ministros de Relaciones Exteriores, de las Colonias, de la Guerra, de la Marina, de la Aeronáutica, de Obras Públicas, y de las Sociedades; el Ministerio de Economía Nacional fue eliminado y algunas de sus funciones fueron tomadas por el Ministerio de Agricultura, mientras que el Ministerio de Educación Pública, a cargo de administrar la Opera nacional balilla, fue renombrado Ministerio de Educación Nacional.

Específicamente, dejaron su puesto Alessandro Martelli (Ministerio de Economía Nacional) y los Subsecretarios Italo Balbo (Ministerio de la Aeronáutica), Michele Bianchi (Ministerio de Asuntos Internos) y Pier Silverio Leicht (Ministerio de Educación Pública). Los nuevos nombramientos ministeriales, además de Grandi, eran Giacomo Acerbo (Ministerio de Agricultura y Bosques), Italo Balbo (quien de subsecretario pasaba a ser Ministro de la Aeronáutica), Michele Bianchi (Ministro de Obras Públicas), Giuseppe Bottai (Ministro del las Sociedades), Giuliano Balbino (Ministro de Educación Nacional), Pietro Gazzera (Ministro de la Guerra), Giuseppe Sirianni (Ministro de la Marina), Emilio De Bono (Ministro de las Colonias) Y finalmente los nuevos Subsecretarios eran: Leandro Arpinati (Ministro de Asuntos Internos), Amedeo Fani (Ministerio de Relaciones Exteriores), Guglielmo Josa (Ministerio de las Sociedades), Alessandro Lessona (Ministerio de las Colonias), Angelo Manaresi (Ministerio de la Guerra), Giuseppe Morelli (Ministerio de Justicia y Asuntos Culturales), Ferdinando Pierazzi (Ministerio de Comunicaciones), Raffaello Riccardi (Ministerio de la Aeronáutica), Renato Ricci (Ministerio de Educación Nacional, a cargo de la Educación Física y Juvenil), Arrigo Serpieri (Ministerio de Agricultura y Bosques, a cargo del proyecto de saneamiento integral), Emanuele Trigona (Ministerio de las Sociedades) y Gioacchino Russo (Ministerio de la Marina).

Esta transformación tuvo lugar en el contexto del proceso de fascistización de las instituciones del viejo Estado liberal que había iniciado ya en 1925. Específicamente, entre 1925 y 1926 el Gran Consejo Fascista emitió varias medidas liberticidas, que permitieron la *fascistización* del Estado Italiano. El Gran Consejo Fascista fue un órgano del Partido Nacional Fascista y posteriormente, un órgano constitucional del Reino de Italia. Establecido de manera informal el 11 de Enero de 1923 por medio de un anuncio de Mussolini en el periódico fascista *Il Popolo d'Italia* (El Pueblo de Italia), como órgano supremo del Partido Nacional Fascista, tuvo su primera reunión el 12 de Enero de 1923.

De hecho, se disolvieron todos los partidos y asociaciones sindicalistas no fascistas, se abolió la libertad de prensa, reunión y palabra, se volvió a instaurar la pena de muerte y se creó un “Tribunal especial” con poderes muy amplios, capaz de marginar, por medio de un simple procedimiento administrativo, todo aquel que el régimen considerara “persona non grata”. El 24 de Diciembre de 1925 una ley cambió definitivamente las características del Estado liberal: Benito Mussolini dejó su puesto como presidente del Consejo, o sea el *primus inter pares* entre los ministros, convirtiéndose en el primer ministro secretario de Estado, nombrado por el rey y responsable sola y exclusivamente ante él, y ya no ante el Parlamento. A su vez, a solicitud del primer ministro, el rey nombró a los varios ministros como responsables ante el soberano y ante el primer ministro. Además, la Ley estipuló que ningún proyecto de ley podría ser debatido en Parlamento sin la autorización del primer ministro.

El 4 de Febrero de 1926, por medio de otra medida, la elección de los alcaldes fue sustituida por alcaldes nombrados por decreto real, mientras que los órganos electivos como consejos y juntas, fueron reemplazados por consultas municipales nombradas por las prefecturas (Acquarone, 1965; De Felice, 2000a).

El proceso de conversión al fascismo abarcó también la política exterior Italiana. Para limitar sus compromisos institucionales y para acelerar la transformación del viejo Estado liberal de una forma más organizada y racional, en 1929 el “duce” determinó necesario que el Ministerio de Relaciones Exteriores fuera liderado por alguien capaz de participar activamente en las conferencias y reuniones

internacionales, en las cuales Mussolini, a raíz de sus muchas responsabilidades en el Gobierno, no podía participar. Dino Grandi fue el elegido, en parte gracias a la estima de la cual gozaba dentro el Partido Nacional Fascista y por ser una personalidad distinguida. Además, tenía el perfil perfecto para este puesto: había respaldado el movimiento fascista desde hace mucho tiempo y seguía una línea moderada. Había sido subsecretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores, lo cual había contribuido a la transformación fascista del mismo ministerio. Su inteligencia y sus capacidades (entre las cuales, en temas diplomáticos) organizativas hacían de él, ante los ojos del “duce”, la persona más apta para transformar la política exterior italiana siguiendo un rumbo pragmático e innovador, para poder desarrollarla gracias a las nuevas realidades del contexto internacional.

La figura de Dino Grandi ha sido ampliamente analizada por la historiografía posbélica (Alessandri, 2007; Nello, 2003).

Nació en una familia de propietarios de tierras romanas, de joven era admirador de Alfredo Oriani, de *La voce* de Giuseppe Prezzolini y del radicalismo nacional de principios de siglo, había establecido su propia carrera política en la izquierda para convertirse en seguidor en el 1914 de Benito Mussolini; en este periodo se distinguió como un visionario intervencionista, sosteniendo que el único modo que tenía Italia para adquirir importancia política internacional era el de participar activamente en la Primera Guerra Mundial.

Terminada la Gran Guerra, empezó su carrera como abogado en 1920, convirtiéndose en uno de los fundadores del Fasci en Emilia-Romagna, llegó a ser secretario regional en el 1921, sosteniendo las alas más facinerosas del movimiento. En su larga carrera fascista, los integrantes del “squadristo” le acompañaron constantemente, garantizándole una base de apoyo en muchos aspectos fundamentales; sin embargo, cuando su figura se enriqueció por el creciente prestigio de los cargos que había asumido, esta unión se volvió menos evidente.

En las elecciones políticas del 15 de mayo de 1921, Grandi fue elegido diputado, pero un año más tarde, como conclusión de un largo debate parlamentario, su elección junto a las de Bottai y Farinacci fueron anuladas ya que no tenían la edad suficiente para votar. Dos semanas después, de una manera u otra, dirigió un asalto fascista contra el círculo socialista “Andrea Costa” de Imola.

Uniéndose al PNF, en poco tiempo Grandi ascendió a una posición importante, convirtiéndose en el único real antagonista del “duce”, hasta 1921, cuando, durante una conferencia en Roma el día 7 de Noviembre, aceptó su rol como subordinado a cambio de la eliminación de un pacto con los socialistas. Según Grandi era esencial fortalecer el apoyo que recibían de las ligas agrarias que, especialmente durante las campañas del “Ferrarese”, él había conquistado. Su aptitud organizativa se había manifestado en su anexión y participación en el “squadristo” de las áreas rurales de Emilia Romagna, logrando consolidar el apoyo de la pequeña y media burguesía y de los movimientos agrarios antisocialistas (estos dos últimos elementos eran la verdadera base de apoyo del fascismo). En realidad, más que una eventual eliminación del “duce” como líder del fascismo, juntos, Grandi y Mussolini habían logrado eliminar, dentro del grupo fascista, cualquier oposición al “duce”. En particular, Grandi se había convertido en el punto de referencia focal para el movimiento del *squadristo*, el cual, gracias a su autoridad y prestigio, logró controlar y enfocar. A partir del convenio del 7 de Noviembre de 1921, el fascismo se convirtió en un verdadero partido, cuyo sumo líder era Benito Mussolini, ya conocido por todos como el “duce”. El apoyo del “squadristo” permitió a Grandi dirigir con astucia su influencia dentro del movimiento fascista, dándole gradualmente vida y fuerzas a una corriente “moderada” que reunía jerarcas como Giuseppe Bottai, Italo Balbo y Luigi Federzoni. En oposición al grupo de Grandi estaba el de Achille Starace, Roberto Farinacci y Emilio De Bono, que intentaba proponerse como un directorio “no oficial” del fascismo, y que se caracterizaba por sus posiciones más extremistas (a menudo más de un tema de imagen que de contenido).

Sin embargo, a menudo la “línea moderada” de Grandi llegó a molestar y decepcionar a Mussolini, en particular en la ocasión de la “marcha sobre Roma”. Por este motivo, durante dos años no le asignó ningún encargo a Grandi.

La marcha sobre Roma fue una manifestación armada organizada por el Partido Nacional Fascista, guiado por Benito Mussolini, cuyo éxito resultó en el ascenso al poder del partido. El 28 de Octubre de 1922 decenas de miles de militantes fascistas (las “camisas” negras) se dirigieron hacia la Capital reclamando al soberano la guía política del Reino Italiano, amenazando (en caso contrario) con la toma del poder por medio de la violencia. El 30 de Octubre el Rey Víctor Emanuel III cedió ante las presiones fascista y decidió encargar a Mussolini la creación de un nuevo gobierno (De Felice, 2000a; 1996b; Montanelli, 1976; Lussu, 1932).

Su nombramiento como subsecretario de Asuntos Internos y luego en el Ministerio de Asuntos Exteriores (entre 1924 y 1929) era el resultado de que, para las elecciones de Mayo de 1924 e inmediatamente después del “delito Matteotti”, el “duce” requería de un hombre no extremista, para calmar la opinión pública y los ambientes moderados.

Giacomo Matteotti era un político socialista y antifascista italiano, asesinado, tras su secuestro, por un grupo de fascistas en 1924, como consecuencia de un histórico discurso que dio ante la Cámara de Diputados, donde expresó desconfianza ante los resultados de las elecciones celebradas el 6 de Abril anterior, y donde denunció una nueva serie de actos violentos, ilegalidades y abusos cometidos por los fascistas para garantizarse la victoria (De Felice, 1966c; Salvatorelli y Mira, 1972; Candeloro, 2002; Canali, 1997).

Grandi hablaba muy bien el Inglés y se había casado con una joven y bella mujer de la clase alta de Emilia Romagna, Antonella Brizzi. Culta e inteligente, esta mujer cosmopolita con grandes expectativas para la carrera de su marido, era la compañera perfecta para un hombre cuyo rol sería el de viajar por el mundo, presentando una excelente imagen de Italia. Exactamente lo que el “duce” quería para representar a su país y a su régimen.

Sin embargo, el ascenso de Grandi no estaba libre de problemas, puesto que fue nombrado justamente en una etapa muy delicada, cuando Europa acababa de salir de la parálisis que había caracterizado la primer década del posguerra. En Octubre de 1929 Wall Street entró en crisis, lo cual afectó al contexto político-económico Estadounidense, que rápidamente repercutió sobre las economías Europeas (De Rosa, 1979; Galbraith, 1967; Catalano, 1976).

Entre 1930 y 1932 el panorama Europeo vio surgir una nueva situación de inestabilidad, que a pesar de todo era algo realmente intrínseco, puesto que no era sencillamente el resultado de la crisis económica. Si Gran Bretaña seguía con su línea del “espléndido aislamiento”, la Unión Soviética enfrentaba los inicios del Estalinismo, mientras que Alemania comenzaba a sentir la ineficiencia del “perfecto” sistema democrático de la República de Weimar.

El tema de las remediaciones y de las deudas de guerra había tenido una solución temporal por medio del plan Dawes, marcando la posición y el futuro de la principal derrotada y responsable de la Gran Guerra: Alemania. Sin embargo, a partir de 1925, y durante toda la década de los treinta, la República de Weimar sufrió una transformación, pasando de un sistema democrático a un Estado autoritario conservador-nacionalista; transformación que ocurrió bajo el mando del presidente-héroe de guerra Paul von Hindenburg.

Su nombre viene de la ciudad de Weimar, donde se celebró una asamblea nacional para redactar una nueva constitución tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Fue el primer intento de establecer una Democracia liberal en Alemania, cuya constitución está considerada por los Estudiosos de Derecho Público como el más alto ejemplo de constitucionalismo liberal en la historia del siglo XX (Lanchester, 1985a; 2012b; Rosenberg, 1972; Schulze, 1993).

Eliminando gradualmente la democracia liberal de la República de Weimar, von Hindenburg convirtió a Alemania en un Estado Autoritario, gracias a un aliado “natural”, el *Deutschnationale Volkspartei* (DNVP), el partido nacional popular. Aun así, después de la crisis de 1929, gracias en parte a un receso en la economía alemana, los nacionalistas más jóvenes y radicales se vieron atraídos por los aspectos revolucionarios del partido nacional-socialista de Adolf Hitler (Evans, 2003; Hildebrand, 1983; Shirer, 2007). Además, los partidos políticos de la clase media perdieron el apoyo de sus votantes,

quienes comenzaron a favorecer las corrientes más extremas del ámbito político alemán, lo cual dificultó la creación de un gobierno mayoritario en un sistema parlamentario.

Durante las elecciones federales alemanas de 1928, cuando la economía había mejorado tras la hiperinflación de 1922 y 1923, los Nazistas obtuvieron solamente 12 curules.

Pero entre 1928 y hasta los primeros meses de 1930, el partido nacional-socialista se convirtió en la segunda fuerza política del *Reichstag* (Merker, 2013; Kershaw, 2004).

En Francia, la carencia de gobiernos estables era endémica, causada por la oposición entre los ámbitos más reaccionarios, quienes querían eliminar el sistema parlamentario, para otorgarle al presidente de la república plenos poderes excepcionales, y el bloque de la izquierda, conformado por socialistas moderados y radicales. En otras palabras, se iba dibujando el final de la paz predispuesta por el principio de seguridad colectiva de Versalles, y con la crisis en Estados Unidos, los países Europeos no solo demostraron no haber acatado el mensaje de Wilson, sino que cada Estado, sea vencedor o vencido, seguía líneas meramente individualistas.

Por lo tanto, entre las metas del “duce”, la acción diplomática de Dino Grandi debía permitir un relanzamiento a nivel Europeo de la imagen italiana y de su régimen, ya que las demás potencias parecían dirigirse hacia una profunda crisis.

A partir de finales de los años Veinte, una serie de temas de suma importancia habían transformado el sistema político Europeo.

El principio de “seguridad colectiva” que había inspirado el tratado de paz de Versalles y la creación de la Sociedad de Naciones, parecía no haberse consolidado, a pesar de las varias conferencias sobre temas de desarme y control de armamentos, un tema que aún no se había concretado plenamente pero que podría otorgarle a Italia un rol primario.

Por seguridad colectiva, el Estatuto de la SdN se refería a la defensa común de los Estados miembros ante un agresor externo. Además se estipulaba que la resolución de disputas internacionales debía darse por medio de este nuevo organismo internacional, y definía las condiciones para la reducción de armamentos. La meta del principio de seguridad colectiva era el mantener la paz, entendida como el respeto al orden político internacional y territorial ratificado por los Tratados de paz. Lo innovador de este principio, que marcó una nueva era en las relaciones internacionales, era el de establecer un ente internacional con fines políticos generales para garantizar la paz, en otras palabras la SdN (Baldoni, 1936).

Por un lado, las nuevas tensiones Europeas resultado de la transformación del contexto alemán amenazaban con poner en crisis al balance posguerra, pero por otra parte representaban para Mussolini la oportunidad perfecta para realizar sus metas.

Los temas de urgencia inmediata que el fascismo había enfrentado en sus albores a nivel de política exterior ya habían sido resueltos. Con respecto a las líneas limítrofes en el Este, el tema de Trieste y Fiume había sido reglamentado con Yugoslavia por medio del tratado de Rapallo y las convenciones de Santa Margherita.

El 12 de Noviembre de 1920, Italia y el Reino serbio-croata-esloveno estipularon el Tratado de Rapallo, el cual delineaba normativas marco que, según el artículo 6, debían ser definidas en acuerdos posteriores, de carácter ejecutivo. La Conferencia Italo-Yugoslava fue convocada en Santa Margherita Ligure para finalizar los acuerdos ejecutivos del Tratado de Rapallo, por medio del cual los dos países habían establecido mutuamente sus fronteras y sus soberanías, en mutuo respeto de los principios de nacionalidad y autodeterminación de los pueblos (Sforza, 1924).

La amistad de Italia con Francia y Gran Bretaña, consolidada entre 1922 y 1929, permitía a Italia un mayor rango de acción a nivel colonial sobre el territorio africano.

La firma de los Pactos de Letrán había resuelto un *impasse* histórico, y habían otorgado al régimen visibilidad internacional.

Se trata de los acuerdos de mutuo reconocimiento entre el Reino italiano y la Santa Sede, formalizados el 11 de Febrero de 1929, por medio de los cuales por vez primera a partir de la Unidad Italiana (1861) se establecieron una serie de relaciones bilaterales entre Italia y la Santa Sede. Su nombre viene

del palazzo di San Giovanni en Laterano, donde se estipularon los acuerdos, de la mano del cardenal Secretario de Estado Pietro Gasparri por parte de la Santa Sede y de Benito Mussolini como primer ministro de Italia. Previamente, la inestable relación entre el Estado y la Iglesia Católica estaba regida por la llamada “Ley de garantías Papales”, aprobada por el Parlamento italiano el 13 de Mayo de 1871, después de la toma de Roma, y que sin embargo nunca había sido aceptada por los Pontífices desde Pío IX en adelante. El monto aportado por el gobierno italiano año tras año se guardaba en una cuenta específica, esperando llegar a un acuerdo con la Santa Sede (Pertici, 2009; Tripodi, 1959; De Felice, 1966c).

Esencialmente, el “duce” tenía dos metas intervinculadas: la primera a nivel Europeo y de alcance internacional, y la segunda enfocada a la política colonial.

Por un lado, Mussolini quería darle a Italia un rol de “peso determinante” en la resolución de las problemáticas Europeas. Esta línea de acción representó un momento clave en la política exterior Italiana del posguerra, que hasta ese momento se había caracterizado por un pacifismo alineado con las potencias de la Entente. Su implementación era ideal para un régimen como el fascista, el cual, tras haberse consolidado sobre los escombros del Estado liberal, podía tomar ventaja del nuevo panorama internacional que se tornaba cada vez más agresivo.

A menudo se le llama “peso determinante” a la estrategia de la política exterior fascista dirigida a renegociar los tratados de paz e igualdad y de imparcialidad entre Gran Bretaña y Francia, por un lado, y Alemania, por el otro.

Estas son interpretaciones limitadas, que no contemplan el contexto más amplio de los planes del “duce” y la manera en que él quería darle a Italia un rol primario en el escenario internacional.

La línea del “peso determinante”, de hecho, quería ver a Italia como *primus inter pares* en la resolución de temas Europeos que se asomaban en el horizonte, tomando un rol de arbitraje - y, según el “duce”, explotando las consecuencias (G. Candeloro, 2002; R. De Felice, 1966c; E. Gentile, 2002).

Mientras se volcaba progresivamente el interés de fondo de la acción diplomática nacional (de la preservación del *status quo* a la búsqueda de la revisión del sistema internacional), el peso determinante, es decir la equidistancia italiana con los demás protagonistas de la política europea, consistía en la intención de la Italia fascista en actuar como “aguja de la balanza” en las relaciones de poder del escenario europeo.

Por otra parte, en los tres años en los que Grandi guiaba la diplomacia italiana, los ingredientes históricos de la política exterior del país se enriquecieron con un nuevo elemento: la diplomacia multilateral. En las juntas plurilaterales, nacidas gracias a acuerdos específicos o a prácticas políticas de la *diplomacy by conference* iniciada en el siglo XIX, Italia desarrollaba una constructiva cooperación en las conferencias internacionales (convocadas para discutir las grandes cuestiones de la época como el desarme y las reparaciones) y en la Sociedad de las Naciones, mediante la organización multilateral firmemente apoyada por el Presidente americano Woodrow Wilson.

Mussolini esperaba aprovecharse de esta situación (es decir, equidistancia italiana de las principales potencias, además de sus buenas relaciones con las potencias de la Entente) para lograr su segunda meta, o sea una política colonial en Libia y Eritrea, que habría otorgado al país el mismo estatus (de potencia colonial, precisamente) del que gozaban las naciones vencedoras de la Primera Guerra Mundial. Esta meta también tomaba en cuenta la “victoria mutilada” (frase del poeta Gabriele D’Annunzio durante los primeros años del posguerra, y utilizada por parte de la opinión pública italiana, en particular en ambientes nacionalistas, intervencionistas y de los veteranos de guerra para referirse a la situación de déficit de las remediaciones territoriales obtenidas por Italia después de su contribución a la victoria de la Entente durante la Gran Guerra (Melchionni, 1982) y el honor como nación de prestigio que los ciudadanos que apoyaban a Mussolini querían ver finalmente reflejados y concretados por medio de su régimen.

El “duce” no tenía la certeza de que este alineamiento podía sostenerse, sin importar el apoyo o las críticas por parte del Partido Nacional Fascista. Esta incertidumbre del “duce” era algo inédito, puesto que había cumplido su puesto en el Ministerio *ad interim*, y por lo tanto el nombramiento formal

de un Ministro de Relaciones Exteriores permitió a Mussolini no responder, por lo menos formalmente, a cualquier responsabilidad por eventuales acciones no populares (Pastorelli, 1998).

Finalmente (y esto es algo que no hay que subestimar), Mussolini y Grandi habían llegado a desarrollar una buena relación en el ámbito personal, donde el recién nombrado Ministro de Relaciones Exteriores demostraba auténtica simpatía y devoción hacia el “duce”, y no por medio de un simple *captatio benevolentiae*. Siendo ambos oriundos de Emilia Romagna, los unía un sincero vínculo de amistad y estima.

Por lo tanto, la política del peso determinante nació con la llegada de Dino Grandi a Palazzo Chigi (Grandi, 1985f).

Además de dar un giro dinámico e importante a la política exterior Europea, esta llegada, como veremos, llevará a consecuencias de fundamental importancia, puesto que esta nueva orientación marcó el camino que, en gran parte, llevaría al acercamiento entre la Italia Fascista y el Tercer Reich.

Con respecto a la filosofía de su principal autor, Dino Grandi, el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores quería otorgarle a la política exterior italiana un mayor grado de homogeneidad. En otras palabras Grandi quería crear una línea de acción firme, entre aliados, objetivos y a nivel de su visibilidad internacional. Dejando a un lado las ideologías, las cuales no habían hecho más que obstaculizar el aprovechamiento de algunas condiciones, y puesto que Italia era un régimen fascista, era esencial para Grandi seguir con la orientación pacifista y de colaboración con la Sociedad de Naciones. Hasta aquí no parecía existir ninguna novedad respecto al periodo anterior. La verdadera novedad era la teoría del “peso determinante” que Italia necesitaba tener sobre el contexto internacional. Gracias a una política internacional que reflejara los intereses de Europa, Italia lograría colocarse en esta anhelada posición de Juez solamente gracias a un acuerdo italo-anglo-francés sobre el tema de las colonias (en África y en el Mediterráneo). Esta meta era fácil de alcanzar con la parte Británica, puesto que no había roces con Londres respecto a las directrices de los planes coloniales italianos, que no afectaban a los Británicos. Sin embargo, era otra historia con Francia, puesto que esta se oponía a cualquier expansión italiana en África oriental. Por lo tanto, Mussolini y Grandi creían necesario forzar a París a aceptar las solicitudes de Italia, puesto que una propuesta directa buscando el consenso Francés, sería indudablemente rechazada. Para obtener estas concesiones, Grandi y Mussolini creyeron oportuno aislar a Francia, para que Italia pudiera actuar como único intermediario, al cual le otorgarían libre expansión colonial sobre el frente Africano oriental, Eritrea en particular.

El colonialismo Italiano había iniciado en 1882 con la toma de Assab en Eritrea, África; entre el siglo XIX y 1936 el control se expandió a cuatro territorios (Libia, Somalia, Etiopía y Eritrea) sobre los cuales se reconoció la soberanía del Reino de Italia (Del Boca, 1985a; Del Boca, 1986b; Labanca, 2007; Calchi Novati, 2011).

Gracias a esta política colonial, Italia lograría el rol de Juez imparcial ante eventuales y posibles disputas en Europa, al no estar vinculada a ninguna alianza con un país o grupo de países.

Este estrecho vínculo entre las dos metas de Mussolini (peso determinante y expansión colonial) queda aún más claro si contemplamos las modalidades para la realización del plan: Italia debía mantener una distancia idéntica con cualquier otra potencia, para así proponerse como árbitro en cualquier eventual conflicto.

Obviamente hubo críticas por parte del Partido Nacional Fascista, especialmente a causa del excesivo pacifismo que el régimen parecía haber acatado a partir de su toma de poder en Italia.

Opiniones negativas vinieron también del ámbito diplomático Europeo, el cual, a raíz de la complejidad de modos y objetivos, calificaba a la línea internacional italiana con respecto a Europa como ambigua y engañosa, en lugar de pacifista (Arisi Rota, 1988).

Mussolini había abandonado el nombramiento como Ministro en Palazzo Chigi en 1929, en parte también porque quería evitar verse involucrado directamente, por lo menos a nivel formal, en críticas hacia una política exterior poco popular o no compartida por el PNF o sus actores. Sin embargo, la línea de Grandi, a pesar de su prudencia, mediación y líneas claramente definidas, siempre se

había implementado conforme a las directrices del “duce”. Sin importar los éxitos y la gran actividad diplomática y organizativa de Palazzo Chigi, Mussolini gradualmente se fue apartando, para que las críticas más fuertes del régimen fascista se enfocaran principalmente en el Ministro. De hecho, a pesar de tener intereses comunes, la alineación que Grandi le otorgó a las relaciones internacionales italianas resultó ser distinta a la planeada por Mussolini. El “duce”, también basado en la visión del núcleo directivo del PNF, era un gran mediador, pero dotado también de cierta agresividad, mientras que el Ministro de Relaciones Exteriores tomó una actitud más prudente y gradual. Con el pasar del tiempo, Mussolini consideraba posible hacer palanca de cada crisis en Europa. Por su parte, Grandi creía que cada crisis podría llevar a oportunidades de colaboración entre los Estados Europeos, y que Italia debía ser la promotora de dichas colaboraciones, para así incrementar el prestigio italiano, hasta ganar su lugar en el “directorio” de las grandes potencias Europeas.

Grandi inició sus labores con una reorganización conforme a los nuevos criterios de mayor homogeneidad de su Ministerio, llevando a cabo su “fascistización”. En el plano internacional, una de las prioridades del Ministro fue apoyar a los emigrantes italianos en el exterior, creando una red capilar de consulados siguiendo una estructura que persiste al día de hoy. Además, logró eliminar el servicio militar obligatorio para los hijos de trabajadores italianos en el exterior, puesto que muchos de ellos, una vez repatriados, enfrentaban largos periodos de encarcelamiento por estar en contumacia ante los tribunales militares (De Felice, 1996b).

Finalmente, con respecto a las relaciones con las demás potencias, Grandi intentó involucrar a Italia en toda actividad y debate Europeo, incluso en ocasiones triviales, para que Italia ganara visibilidad en el terreno internacional.

Su activismo, sin embargo, comenzó a molestar al “duce”, no sólo porque Grandi parecía quitarle a Mussolini el prestigio de ser el representante internacional, sino también por el cambio gradual que se estaba dando en ese ámbito. Según Mussolini, la cambiante situación internacional que se delineó entre 1930 y 1932 requería de mayor asertividad, haciendo palanca de cada instancia de inestabilidad para consolidar y proponer el rol de arbitraje para Italia.

En la vida del partido, el nivel tan elevado en sus relaciones internacionales, con las cuales sólo Galeazzo Ciano podía rivalizar, lo condujeron a alejarse hacia la popular clase política italiana. Su crítica hacia Achille Starace, secretario nacional del PNF y autor de las campañas de imagen del “duce”, consideradas por Grandi particularmente ineptas, le pusieron en más de una ocasión en oposición con Mussolini. De su relación con el “duce” y de su supuesta insubordinación, habló ampliamente en sus memorias, explicando que la fidelidad no es sinónimo de obediencia. Se ganó la confianza de Casa Savoia, particularmente con Vittorio Emanuele III, y fue nominado Conde de Mordano en el 1937, obteniendo seguidamente la prestigiosa condecoración del Collare dell'Annunziata, con la consecuencia de convertirse en una persona cercana al soberano.

El primer palco Europeo en el cual Grandi se reafirmó fue la conferencia sobre el desarme naval, la cual se celebró en Londres en 1930 (Grandi, 1930e). Conforme a las directrices del “duce”, Grandi logró confirmar el principio de igualdad naval entre Italia y Francia (ya consolidado en 1921-22 durante la conferencia de Washington). Puesto que la potencia de una nación era determinada por su flota, éste era un resultado impresionante puesto que reafirmaba el estatus naval de la Italia fascista ante el Estado liberal preguerra, y más aún, lo equiparaba al de una de las potencias vencedoras de la Entente. A pesar de que Francia se oponía a reconocer dicha equiparidad, París no tuvo ninguna objeción, puesto que las dimensiones de la flota naval italiana eran en realidad menores a las de 1915-1918. Una oposición por parte de Francia habría sido percibida como una oposición al desarme.

Fue un éxito rotundo que siguió afirmándose con la conferencia de Ginebra de 1932, en la cual Grandi aceptó todas las cláusulas propuestas por el presidente Estadounidense Hoover, según las cuales se aceptaba la definición de desarme estipulada en Londres y que requería la destrucción de tanques, armas químicas y artillería pesada y la eliminación de un tercio del ejército terrestre si este excedía en número las fuerzas de la policía (Grandi, 1932b).

La Conferencia sobre el desarme fue celebrada en Ginebra (ciudad sede de la Sociedad de Naciones), y después de una larga preparación (1926-31), se inauguró el 2 de Febrero de 1932. Estuvieron presentes 62 Estados, bajo la presidencia del Inglés A. Henderson, con la meta de reducir o abolir los armamentos. Los proyectos Franceses, Ingleses, Italianos y Americanos eran distintos, mientras que Japón rechazaba el desarme, y la Unión Soviética proclamaba el desarme total. Alemania, en cambio, reclamaba igualdad de derechos. Después de varias propuestas, y de una breve crisis cuando Alemania se retiró temporalmente de la conferencia (16 de Septiembre de 1932), el ascenso al poder de Hitler y la firmeza de Francia, la cual se oponía a las exigencias del Führer, quien pedía igualdad de estatus para Alemania, finalmente ésta se retiró definitivamente (14 de Octubre de 1933). A pesar de que el proceso continuó, no se llegó a ningún resultado, particularmente a causa de la posición intransigente de Francia (cuyo gobierno consideraba inminente la caída del nazismo). La conferencia terminó el 20 de Noviembre de 1934 (Duroselle, 1998; Enciclopedia Italiana Treccani, 1991).

Puesto que París (preocupada por el ascenso del nazismo en Alemania) se opuso firmemente al proyecto estadounidense, Francia perdió créditos en el plano internacional.

Por lo tanto, hasta 1932 la visión compartida de Grandi y Mussolini con respecto a la política exterior italiana no se enfocaba en lograr un pacifismo real, sino en poner a Francia en jaque, según la teoría del peso determinante.

El alejamiento entre el “duce” y Grandi se dio a raíz de los eventos del verano de 1932. Para poner las cosas en perspectiva, cabe mencionar que Lausana había sido sede de una cumbre para las remediaciones Alemanas: a pesar del Plan Dawes de 1924, los Alemanes, según lo que habían relatado durante la antes mencionada conferencia de Ginebra, ya no eran capaces de pagar su cuota. La misión de Grandi era clara: evitar un reacercamiento anglo-francés, puesto que, sobre este tema, las dos potencias compartían intereses (siendo ambas naciones vencedoras del último conflicto). Además, una actitud conciliadora por parte de París con respecto a los Estados Unidos habría acabado con el aislamiento en el cual Francia se encontraba tras la conferencia de Londres. Grandi no logró su meta puesto que el encuentro en Lausana concluyó con la firma de un documento conjunto entre Británicos y Franceses en el cual se declaraba que antes de que acabara el año se lograría dar con una solución al problema (Grandi, 1985g).

Este acuerdo se basaba en el nuevo paradigma Francés sobre el tema: el recién electo presidente del Consejo Edouard Herriot (sucesor al breve mando de André Tardieu, quien ejerció entre Febrero y Mayo de 1932) tenía una perspectiva más conciliadora respecto a la de la garantía de producción, que exigía el pago inmediato de las remediaciones por parte de Alemania. Su gobierno, de hecho, estaba muy al tanto del ascenso alemán y de su fortalecimiento. Este peligroso elemento debía ser frenado por medio de una alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos: excluyendo a Italia, país considerado una potencia secundaria y con una política exterior poco clara y por lo tanto ambigua. A pesar de poder posponer temporalmente el pago de las remediaciones, Herriot prefirió no permanecer aislado y más bien evitar, por medio de un reacercamiento con Gran Bretaña y Estados Unidos, la amenaza alemana que se vislumbraba en el horizonte.

Este resultado fue el motivo “oficial” del alejamiento de Dino Grandi del Ministerio de Relaciones Exteriores. Mussolini, acusándolo de haber beneficiado a Inglaterra y Francia ignorando los intereses nacionales, lo quitó del puesto, nombrándolo embajador en Londres. Esto no tomó por sorpresa al núcleo directivo del PNF (y en particular a Farinacci, De Bono y Starace), el cual creía que Italia debía enfocar sus relaciones exteriores con miras a extender sus colonias en África y quien calificaba la actitud del Ministro de Relaciones Exteriores como excesivamente pacifista.

Pero, además del motivo oficial, la razón de fondo por la cual Mussolini removió a Grandi de su puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, surgió del tema de la política colonial. Durante una reunión de este último y el presidente del Consejo Pierre Laval en Julio de 1931 en Roma, Laval manifestó su intención de establecer un acuerdo con Italia. Aprovechando esta oportunidad diplomática, que parecía surgir del éxito logrado en Londres y del relativo aislamiento Francés, Grandi había expresado la necesidad de un acuerdo con París para la implantación del plan de expansión colonial italiano,

especialmente porque éste era un tema sobre el cual los dos países tenían visiones opuestas. Laval había interrumpido a Grandi diciendo: «l'Ethiopie par exemple...» (Piazza, 1985, Buccianti, 1984): lo dicho entre líneas le había llevado a creer que Francia finalmente estaba dispuesta a aceptar las peticiones italianas con respecto a Etiopía. En base a los eventos históricos Europeos de ese año, Laval estaba al corriente de la amenaza Alemana, y consideraba importante un acuerdo preliminar con Italia (cuyas bases podrían ser la concesión por parte de Francia de alguna actividad colonial en África) antes de enfocarse sobre Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, la ambigüedad de la política exterior italiana habría podido desaparecer dependiendo de la reacción de Grandi. Éste, sin embargo, no cambió su línea política aún después de reunirse con el presidente del Consejo Francés, puesto que consideraba que este acuerdo podría realizarse posteriormente, a modo de aclarar ulteriormente la cuestión. La cautela de Grandi fue sabia, puesto que no le permitió a Francia salir inmediatamente de su aislamiento, y otorgó a Italia la oportunidad de ejercer más presión para lograr su propósito real (o sea una verdadera declaración de “mano libre” italiana sobre África occidental). Sin embargo, en Febrero de 1932, el gobierno de Pierre Laval dio lugar al muy breve mandato de André Tardieu, y después de las elecciones de Mayo de 1932, al de Herriot, del bloque izquierdista. Este último era menos propenso a estipular acuerdos directos con Italia, y más bien quería organizar una línea de contención para la amenaza alemana por medio de una alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos. Por lo tanto, la oportunidad que se le había presentado a Grandi en Roma en 1931, de repente, se había desvanecido, y su actividad diplomática con Francia fue tachada como “error”.

Además de los motivos oficiales y de fondo que alejaron Dino Grandi de Palazzo Chigi, en 1932 Mussolini decidió que había llegado la hora de darle a la política exterior italiana un perfil más fascista (De Felice, 1996a; 1971d). El “duce” consideraba que esto era necesario sea para acatar las solicitudes cada vez más insistentes por parte de los directivos del PNF, y que sirviera como ejemplo para las generaciones de italianos fascistas más jóvenes.

Además (y este fue uno de los elementos de mayor peso) la situación internacional se había vuelto aún más volátil. El nazismo había tomado el poder justo en ese periodo y Mussolini consideraba clave dar una imagen exterior más claramente “fascista” a su país, sea para recalcar las diferencias ante el nazismo (para evitar enfriar relaciones con las demás potencias democráticas), sea para afirmar la superioridad del régimen fascista por y sobre los demás regímenes Europeos. De esta manera los actores internacionales no se verían atraídos por la potencia y el condicionamiento de la ideología nacional-socialista.

A partir de 1932 la política exterior italiana volvió a verse delineada por las directrices del “duce”, quien volvió a tomar control *ad interim* del Ministerio de Relaciones Exteriores, siguiendo una posición de equidistancia entre Francia y Alemania (Candeloro, 1997).

Esto con el afán de preservar y estudiar todas las oportunidades, para una política “péndulo” que permitiría sacar todo provecho posible de cada circunstancia. Sin duda alguna para el “duce” era prioritario debilitar el acuerdo anglo-francés estipulado en Lausana, para así recuperar el apoyo Británico y volver a aislar a París, aprovechando también el problema de las deudas de guerra, que no había sido definido aún.

Sin embargo, hasta 1936 Mussolini colocó la política exterior Italiana dentro del marco de la *seguridad colectiva* de Versalles: Francia, Italia, Alemania y Gran Bretaña debían ser los árbitros de la paz en Europa.

En cuanto a Dino Grandi, como embajador en Londres estableció excelentes relaciones con el mundo político Británico. Hasta 1936 colaboró plenamente en el acercamiento entre Winston Churchill e Italia, tratando de alinear la democracia Inglesa en la misma dirección, lo cual no fue posible debido a la decisión del “duce” de unirse a la Alemania de Hitler.

Finalmente fue Ministro de Justicia y desde el 30 de noviembre de 1939 presidente de la Cámara de los Fasci y de las Corporaciones. A Grandi se le debe la finalización de la codificación, con la entrada en vigor en el 1942 del código civil, del código de procedimiento civil y del código de navegación, así

como de la ley de quiebras, del orden judicial y de otras normas especiales. Siguió en primera persona las fases finales de la codificación, valiéndose de los juristas de más alto nivel, algunos de los cuales (como Piero Calamandrei y Francesco Messineo) notoriamente antifascistas.

Grandi presentó la famosa moción del 25 de Julio de 1943, aun rechazando cualquier acusación de traición. Su distanciamiento de Mussolini, marcado netamente por su destitución de Palazzo Chigi, había madurado durante sus siete años de estadía en Londres, y marcó la caída de Mussolini. De hecho fue clave su voto y su trabajo de persuasión con respecto a los demás miembros del Gran Consejo Fascista. Desde hacía tiempo, al igual que Giuseppe Bottai y Galeazzo Ciano, Grandi creía que la única solución para evitar la disolución militar italiana sería por medio de la destitución del “duce”, quien, desde su perspectiva, había comprometido el ideal fascista original, que se vio afectado por sus errores. Por su moción del 25 de julio, Grandi fue sentenciado a pena de muerte en contumacia en el Proceso de Verona, el cual se celebró en el territorio de la República Social Italiana (bajo el mando de Benito Mussolini y creada con el apoyo del Tercer Reich para administrar parte de los territorios italianos bajo el control de los Alemanes tras el armisticio entre Italia y Alemania del 8 de Setiembre de 1943). En septiembre del 1943, la decisión del Presidente de los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt de prohibir la candidatura a nuevos cargos de gobierno puso fin a la carrera política de Dino Grandi.

Sin embargo, Grandi, inmediatamente después de la caída de Mussolini, buscó refugio en España, en agosto de 1943, y luego en Portugal, donde vivió hasta 1948. Durante los años Cincuenta trabajó frecuentemente como consultor para las autoridades Estadounidenses, en particular para la embajadora en Roma, Clare Boothe Luce, donde a menudo participó como intermediario en operaciones políticas e industriales entre Italia y Estados Unidos. Se trasladó a Latinoamérica, a Brasil, donde vivió hasta los años sesenta, cuando regresó a su patria para administrar una granja en la campiña de Modena. Falleció en Bolonia en 1988, a los 93 años de edad (Grandi, 1985f; Nello, 2003; Grandi, 2013h).

Además de sus discursos políticos, para recordar están también sus obras sucesivas a la caída del fascismo, a cuya redacción se dedicó en los últimos años de su vida (Grandi, 1972c; Grandi, 2005d; Grandi, 1984a).

A pesar de que Grandi sentía aún una gran admiración por Mussolini, a quien aun seguía con diligencia, esto no le impidió manifestar su temor de que una alianza con el Tercer Reich era un terrible error por parte del “duce”. Por lo tanto, su decisión de 1943 no era el resultado de su odio hacia Mussolini, puesto que además ponía en riesgo su carrera política y la vida de sus familiares; sino era el fruto de un verdadero sentido de devoción por la patria; una patria perdida por un régimen disfuncional y marcada por los estragos de la Segunda Guerra Mundial.

La opinión histórica sobre Dino Grandi se basa en estos elementos, en particular sobre el trabajo de Renzo De Felice (1929-1996), el mayor estudioso del fascismo y el fundador de una verdadera escuela de pensamiento que incluye a Emilio Gentile, Giovanni Sabbatucci, Giuseppe Parlato y Francesco Perfetti, entre otros. Durante sus estudios sobre Mussolini y el régimen fascista, De Felice tomó un interés en la política exterior de Dino Grandi, y escribió la introducción a su diario, *25 luglio 1943*, publicado por primera vez en 1983, después de que él mismo había convencido a Grandi de publicarlo.

Referencias

- Acquarone, Alberto. (1965). *L'organizzazione dello Stato totalitario*. Turín: Einaudi.
- Alessandri, Giuseppe. (2007). *Il diplomatico. Dino Grandi*. Florencia: Zella Editore.
- Arisi Rota, Arianna. (1988). La política del ‘peso determinante’: nota su un concetto di Dino Grandi. *Il Politico, Rivista italiana di scienze politiche, Nuova serie degli annali di scienze politiche*, anno 53, n.1., 99-113. Pavia: Università degli Studi di Pavia.
- Baldoni, Claudio. (1936). *La società delle Nazioni, tomo I: Nozioni generali*. Padua: CEDAM.
- Buccianti, Giovanni. (1984). *Verso gli accordi Mussolini-Laval. Il riavvicinamento italo-francese tra il 1931 e il 1934*. Milán: Giuffrè.

- Calchi Novati, Gian Paolo. (2011). *L'Africa d'Italia*. Roma: Carrocci.
- Canali, Mauro. (1997). *Il delitto Matteotti*. Bologna: Il Mulino, 1997.
- Candeloro, Giorgio. (2002). *Storia dell'Italia moderna*. Vol. IX, Il fascismo e le sue guerre 1922-1939. Milán: Feltrinelli.
- Catalano, Franco. (1976). *La grande crisi del 1929: conseguenze politiche ed economiche*. Milán: Dall'Oglio.
- Conti, Maria Alessandra. (1962). *Il partito socialista francese nel primo dopoguerra e la mancata partecipazione ai governi radicali, 1919-1933*. Milán: Giuffrè.
- Crankshaw, Edward. (1992). *Il tramonto di un impero. La fine degli Asburgo*. Milán: Mursia.
- De Felice, Renzo. (2000a). *Breve storia del fascismo*. Milán: Mondadori.
- De Felice, Renzo. (1996b). *Mussolini il Duce*. Turín: Einaudi.
- De Felice, Renzo. (1966c). *Mussolini il fascista, La conquista del potere, 1921-1925*. Turín: Einaudi.
- De Felice, Renzo . (1971d). *I rapporti tra fascismo e nazionalsocialismo fino all'andata al potere di Hitler, 1922-1933. Appunti e documenti. Anno accademico 1970-1971*. Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane.
- De Rosa, Luigi. (1979). *La crisi economica del 1929*. Florencia: Le Monnier.
- Del Boca, Angelo. (1985a). *Italiani in Africa Orientale. La conquista dell'Impero*. Roma-Bari: Laterza.
- Del Boca, Angelo. (1986b). *Italiani in Africa Orientale. La caduta dell'Impero*. Roma-Bari: Laterza.
- Di Nolfo, Ennio. (2000). *Storia delle relazioni internazionali*. Bari: Laterza.
- Duroselle, Jean-Baptiste. (1998). *Storia diplomatica dal 1919 ai nostri giorni*. Milán: LED.
- Enciclopedia Italiana Treccani. (1991). Voce: disarmo. V Appendice. Roma: Istituto Enciclopedico italiano G. Treccani.
- Evans, Richard John. (2003). *La nascita del Terzo Reich*. Milán: Mondadori.
- Eyck, Eric. (1983). *Storia della Repubblica di Weimar*. Turín: Einaudi.
- Fejtó, François. (1991). *Requiem per un impero defunto. La dissoluzione del mondo austro-ungarico*. Milán: Mondadori.
- Galbraith, John Kenneth. (1967). *Il grande crollo: la crisi economica del 1929*. Milán: Etas Kompas.
- Gentile, Emilio. (2002). *Fascismo. Storia e interpretazione*. Bari: Laterza.
- Goglia, Luigi; Moro, Renato y Nuti, Leopoldo. (2006). *Guerra e pace nel Novecento: politica estera, cultura politica e correnti dell'opinione pubblica*. Bologna: Il Mulino.
- Grandi, Dino. (1984a). *Dino Grandi racconta l'evitabile Asse. Memorie e racconti presentate da G. Bianchi*. Milán: Jaca book.
- Grandi, Dino. (1932b). *Diritti e interessi dell'Italia nella politica mondiale: discorso pronunciato alla camera dei deputati nella seduta del 4 maggio 1932*. Roma: Ministero degli Affari Esteri.
- Grandi, Dino. (1972c). *Il diario della marcia su Roma*. Milán: Mondadori.
- Grandi, Dino. (2005d). *La fine del regime*. Florencia: Le Lettere.
- Grandi, Dino. (1930e). *L'Italia fascista alle Conferenze dell'Aja e di Londra: discorso pronunciato alla Camera dei deputati nella seduta del 9 maggio 1930*. Roma: Ministero degli Affari Esteri.
- Grandi, Dino. (1985f). *Il mio paese*. A cura di Renzo De Felice. Bologna: Il Mulino.
- Grandi, Dino. (1985g). *La politica estera dell'Italia dal 1929 al 1932*. Prefazione di Renzo De Felice. Introduzione e cura di Paolo Nello. Roma: Bonacci.
- Grandi, Dino. (2013h). *25 luglio: quaranta anni dopo, a cura di Renzo De Felice, con una introducción de Giuseppe Parlato*. Bologna: Il Mulino.
- Graziosi, Andrea. (2007). *L'URSS di Lenin e Stalin. Storia dell'Unione Sovietica, 1917-1945*. Bologna: Il Mulino.
- Hildebrand, Klaus. (1983). *Il terzo Reich*. Bari: Laterza.
- Kershaw, Ian. (2004). *Hitler e l'enigma del consenso*. Bari: Laterza.
- Klein, Claude. (1983). *La Repubblica di Weimar*. Milán: Mursia.
- Labanca, Nicola. (2007). *Oltremare. Storia dell'espansione coloniale italiana*. Bologna: Il Mulino.

- Lanchester, Fulco. (1985a). Alle origini di Weimar. Il dibattito costituzionalistico tedesco tra il 1900 e il 1918. Milán: Giuffrè.
- Lanchester, Fulco. (2012b). Weimar e il problema politico-costituzionale italiano. Milan: Giuffrè.
- Lussu, Emilio. (1932). Marcia su Roma e dintorni. París: Casa Editrice Crítica.
- Melchionni, Maria Grazia. (1981). La vittoria mutilata. Problemi ed incertezze della politica estera italiana sul finire della Grande Guerra, ottobre 1918 - gennaio 1919. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Merker, Nicolao. (2013). Il nazionalsocialismo. Storia di un'ideologia. Roma: Carocci.
- Micheletta, Luca. (1999). Italia e Gran Bretagna nel primo dopoguerra: le relazioni diplomatiche tra Roma e Londra dal 1919 al 1922. Roma: Jouvence.
- Montanelli, Indro. (1976). L'Italia in camicia nera. Milán: Rizzoli.
- Nello, Paolo. (2003). Dino Grandi. Bologna: Il Mulino.
- Pastorelli, Pietro. (1998). Dalla prima alla seconda guerra mondiale: momenti e problemi della politica estera italiana, 1914-1943. Milán: LED.
- Pertici, Roberto. (2009). Chiesa e Stato in Italia: dalla grande guerra al nuovo concordato (1914-1984). Bologna: Il Mulino.
- Piazza, Calogero. (1985). Pierre Laval e la política Italiana per l'Africa Orientale, 1931-1934. Roma: Istituto italo-africano.
- Pipes, Richard. (1995). La Rivoluzione Russa. Milán: Mondadori.
- Salvatorelli, Luigi y Mira, Giovanni. (1972). Storia d'Italia nel periodo fascista, tomo I, Milán: Mondadori Oscar.
- Schulze, Hagen. (1993). La repubblica di Weimar - La Germania dal 1918 al 1933. Bologna: Il Mulino.
- Sforza, Carlo. (1924). Pensiero e azione di una politica estera italiana. Bari: Laterza.
- Shirer, William. (2007). Storia del Terzo Reich. Turín: Einaudi.
- Rosenberg, Arthur. (1972). Origini della repubblica di Weimar. Florencia: Sansoni.
- Toscano, Mario. (1941). Le origini della Piccola Intesa secondo i documenti diplomatici ungheresi. Roma: Rassegna italiana.
- Tosi, Luciano y Costa Bona, Enrica. (2007). L'Italia e la sicurezza collettiva. Dalla società delle nazioni alle Nazioni Unite. Perugia: Morlacchi.
- Tripodi, Nino. (1959). I Patti Lateranensi e il fascismo. Bologna: Cappelli.

